

E. MIRET MAGDA LENA

UNO de los artículos sobre los que más cartas y comentarios he recibido ha sido el titulado "¿Qué aburrida es la Iglesia!".

De numerosas provincias españolas he recibido favorables juicios, que, salvo excepciones, han sido para expresarme su coincidencia con mis experiencias.

Algunos van más allá que yo mismo, como este que dice: "Coincido contigo en que la Iglesia está casi muerta, al menos la católica, que conozco y sufro, y más la española. Aunque aún quedan sacerdotes con 'agallas' capaces de animarnos a los que creemos; así, pienso que lo de Fabara, por ejemplo, sirve".

Una asistente social me indica: "Quiero darle las gracias más sinceras por su artículo, que acabo de leer. Después de hacerlo me he sentido algo menos aburrida dentro de esta Iglesia, a la cual, al mismo tiempo, amo profundamente. Me ha infundido ánimo el que otros cristianos, hombres de la calle, que aman, rien, trabajan y sufren como el resto de los hombres, digan en voz alta lo que uno piensa interiormente". Y continúa esta lectora rogándome que no deje que este aburrimiento de nuestra Iglesia española "apague su afán constante en la búsqueda de nuevos caminos para ella".

Una madre de familia me confiesa también que la lectura de estos artículos le produce "el contento de haber encontrado alguien que plasma la religión tal como yo la entiendo, porque la religión no se puede quedar desfasada de la vida, y creo que el que no cambie y lime las rugosidades y asperezas de ella dogmatizará toda su vida, pero no vivirá". Hablando en concreto de mi artículo acerca del aburrimiento que produce nuestra Iglesia, hace estas confesiones: "Yo tengo el mismo problema, pero el caso es que lo comparto con mis hijos: ni ellos ni yo vamos ya a Misa. Yo soy creyente, pero la Misa, aparte de que me aburría, ya no me decía nada". Y sigue explicándome que hasta hace poco iba a una parroquia rural, en la cual "el cura, muy sencillo, siempre nos impresionaba con algunas ideas, como, por ejemplo: 'Lo más importante es inculcarles a los hijos la formación humana profunda, porque la religión está incluida en aquella', y otro día nos decía que el sacerdote tiene que salir de entre los hombres que viven como nosotros. Para mis hijos y para mí (porque mi marido se intitula no creyente) lo mejor venía después, durante el camino de la Iglesia a casa. Ibamos reflexionando sobre lo que había dicho el párroco. Pero hace más de un año, la cosa cambió, y el cura se nos hizo aburrido, monótono, sin mensaje". Por eso, esta sincera y responsable madre de familia quisiera vivir ahora en contacto con algún pequeño grupo cristiano renovador, que, desgraciadamente, no encuentra en su ambiente. Mientras tanto, sustituye la Misa por reuniones con sus dos hijos mayores, de quince

y trece años, para comunicarse con ellos el sentido de la vida humana profunda, comentando sobre la sinceridad, la justicia y la igualdad, y buscando la manera de aplicarlo con ellos a su entorno. Sin embargo, querría algo más, pero en su ambiente religioso no lo encuentra.

Después de leer estos testimonios, no comprendo el artículo publicado en un periódico católico de provincias, en donde su autor se rasga las vestiduras por lo que yo dije, que es lo que muchos en el país demuestran con su propia vida, la cual pretende ser sinceramente religiosa y no encuentran alimento adecuado para este afán. ¿No sería mejor ahondar en estas experiencias reales que existen en nuestro país, sin jarrismos, y comprender que los creyentes más cercanos a la Iglesia oficial, sean curas o seglares, hemos tenido la culpa de llegar a esta situación de inoperancia religiosa?

Las Iglesias cristianas muchas veces han estado mucho más preocupadas por defender su situación y privilegio, aliándose a los grupos de

reflexionar es que la Iglesia, si queremos liberarla de sus ataduras anacrónicas, debe ser más un flexible movimiento lleno de vida que una institución con sus cuadros administrativos y burocráticos cada vez más desarrollados. El alto clero se resiste muchas veces a descender de su pedestal, justificado con toda suerte de razones aparentes que no se encuentran por ninguna parte en el Nuevo Testamento. Lo que pretendió Jesús es muy distinto de toda la complicación exterior que hemos visto siglos después. Complicación que paraliza la vitalidad de la fe del creyente, encerrándola en una camisa de fuerza que asfixia y, en ocasiones, produce violentas reacciones en contra de quien se empeña en mantenerla puesta.

Y en tercer lugar, debíamos aprender en nuestro mundo presente a reflexionar sobre otro elemento necesario para que la Iglesia pueda tener porvenir. La sociedad actual no se concibe ya sin libertad. Y la Iglesia debía ser el gran ejemplo de libertad en el mundo de hoy. Debería encarnar en sus propias entrañas y en su porte exterior el más amplio sentido de la libertad para que las sociedades humanas, a todos los niveles, tuvieran presente ante sus ojos este ejemplo significativo. Libertad de expresión, de reunión, de asociación, de disenso... y todo ello en un auténtico espíritu de convivencia, sin discriminaciones de ningún género. La Iglesia debería inspirarse en el proceso de la "dinámica de grupos", que en el mundo actual tiene aplicaciones concretas lo mismo en psicoterapia que en educación, y que si esta experiencia es un valor humano de nuestro tiempo, no veo la razón por la cual la Iglesia no la viva.

Hace unos días podíamos ver en televisión cómo se produce una psicoterapia de grupo. En ella, la libertad reina en forma plena, y la misión del psicoterapeuta es solamente la de orientar las fuerzas constructivas que allí se manifiestan, sin imponerse con ningún tipo de disciplina ni de presión, como debía ser el papel del clero.

Así veía a nuestra Iglesia, tomando en serio la frase de Juan XXIII: "No se consigue la aptitud para ejercitar la libertad adecuadamente si no es por medio del recto uso de la libertad" (Mater et Magistra). Todos los temores y cortapisas que se han vivido en nuestro catolicismo quedarían automáticamente superados si nuestra Iglesia tomase en serio esta clara indicación del Papa Roncalli: Sólo el ejercicio real de la libertad entre los hombres educa para una satisfactoria libertad.

Si nuestra Iglesia acepta todo esto, podrá tener porvenir. Si no lo hace, le pasará algo parecido a las primitivas comunidades cristianas del África del Norte, aunque por distinta causa: que después de su amplio florecimiento de ayer, dejaron de existir. ■

LA IGLESIA ¿TIENE PORVENIR?

poder, que "estar en su papel de servicio al pueblo, que es, a mi modo de ver, el único que en justicia, y siguiendo las máximas de Jesucristo, deben representar", como afirma otro lector en reciente carta y a pesar de autotitularse no creyente.

Ante todo ello, los que todavía somos en España creyentes y cristianos, al menos de intención, debíamos reaccionar de otro modo. Obispos, clérigos y laicos tendríamos que comprender que no nos sirven ni a nosotros ni a los demás estas alharacas que algún católico a machamartillo exhibe por ahí.

Y por ello, la primera conclusión es que los hombres de hoy, que vivimos en una vertiginosa sociedad de consumo, tenemos necesidad de impregnar nuestras vidas de un "suplemento de alma". A fuerza de hablar de muchas cosas, perdemos el sentido último que debemos dar a este mundo para salir del egocentrismo, el afán de pequeño materialismo y el deseo de expansión puramente cuantitativa, sin atender a la calidad que predica nuestra sociedad llamada civilizada. Por supuesto que este "suplemento de alma" no puede tener vida sin que hayamos conseguido para todos los hombres una justa distribución igualitaria de los bienes humanos, materiales y espirituales. Sin esta base, difícilmente podemos hablar de alma. Y a esto podían ayudarnos las Iglesias.

El segundo elemento sobre el que debemos